

La Virgen Santísima, al ver sus angustias, sintió se movida á compasión y se presentó á él para animarle. Empezó por reprenderle por no haber tenido confianza en ella. « ¿ Porqué, le dijo, tan gran temor de la muerte? ¿ No has sido siempre servidor mio? ¿ No estás ahora bajo mi custodia? Y pues ¿ de qué tienes miedo? ¿ No sabes que yo amo sin medida á aquellos que me aman, y que soy demasiado constante para abandonar, á la hora de la muerte, á los que no me han abandonado durante su vida? »

« Igual ternura demostró con san Juan de Dios, quien, encontrándose en los últimos momentos, sudaba y le temblaban todos los miembros. La Madre de Dios se le apareció y, enjugándole el sudor frio que de su frente brotaba, le reanimó y le consoló con estas dulces palabras : « Juan, sería indigno de mí abandonar á mis servidores en esta hora suprema. Sería una conducta que no me sienta bien, y que jamás fué la mia, eso de abandonar, en la hora de la muerte, á aquellos que durante su vida me han servido fielmente. »

Finalmente, un religioso llamado Antonio, gran devoto de María, se hallaba en sus extremos : hizo llamar á su confesor, y le dijo : « Sabed, padre, que moriré el sábado, dia dedicado á la Santísima Virgen. — ¿ Cómo lo sabeis? le preguntó el confesor. — « Lo sé porque la Santísima Virgen se me ha aparecido y me lo ha dicho. Por eso estoy tan sumamente alegre, por esta feliz noticia. » Mas aquella alegría duró poco, porque, desde la noche siguiente, se vió asaltado por los demonios, que, bajo las formas más horribles, le amenazaban con la reprobación eterna. El pobre enfermo lanzaba gritos, se agitaba, se retorció y quería arrojarse fuera de la cama ; hasta lo habría hecho, si no le hubiesen contenido. Al ruido que hacía, todos los religiosos del monasterio acudieron y se pusieron á rezar por él. Mientras estaban rezando, oyeron al pobre moribundo decir con sofocado acento : « No es verdad, yo jamás he cometido este pecado, es una pura mentira... Es verdad, lo cometí, pero hice penitencia por él... Sí, tomé una fruta sin permiso y bebí un poco de vino sin *benedicite*, pero de esto me confesé. » Y mientras hablaba así, los demonios hacían grandes esfuerzos para arrastrarle. Mas de repente, la bienaventurada Virgen María, de quien había sido tan devoto durante su vida, acudió en au-

xilio suyo : apareciósele con una cara radiante, puso en fuga á aquella bandada de espíritus infernales y consoló á su fiel servidor quien, durante todo el viernes y el sábado hasta la noche, no cesó de invocar y alabar á María, y exhortar á todos los presentes á que fuesen devotos de María. Después, en el momento en que se tocaba *el Ave Maria*, es decir el *Angelus*, entregó dulcemente su alma á Dios (1). »

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, en la instrucción de este dia, he creído deber concretar las consideraciones y multiplicar los ejemplos, porque éstos son mucho más adecuados para hacernos tocar con el dedo, por decirlo así, la inmensidad de la misericordia de la Santísima Virgen por los pecadores que la imploran. ¡ Con qué! no pasemos ni un dia sin darle muestras de veneración, de confianza y de ternura. Si durante nuestra vida la invocamos con fervor, de fijo no nos abandonará en la hora suprema, y entonces saborearemos el fruto delicioso de esta oración : *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, infelices pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen...* Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOSEXTA.

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

INSTRUCCION PRIMERA.

PREPARACIÓN PARA EL SACRIFICIO.

TEXTO. — *Introibo ad altare Dei...* Entraré hasta el altar del Señor.

(SALMO XLII, VERS. 4.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, la reina de las oraciones es la santa Misa. En la oración dominical y en la salutación angélica, son mortales quienes imploran al Señor y á su divina Madre ; pero en el Sacrificio adorable, es un Hombre-Dios quien ruega al Omnipotente

(1) S. Leonardo de P. M., *Serm. miss.*, t. II, pág. 36.

por los hombres. Por consiguiente, las instrucciones que me propongo dirigiros, coronarán dignamente las que os he dado sobre la oración.

El inmortal Pio IX, en una carta escrita el 3 de mayo de 1858 á los obispos de todo el mundo, declara que « no hay cosa más grande, más saludable, más santa, más divina, que el Sacrificio incruento de la Misa, por el cual el mismo cuerpo, la misma sangre, el mismo Jesucristo, Dios y Señor nuestro, se ofrece é inmola sobre el altar por la salvación de todos. » Después, el célebre Pontífice recomienda á sus colaboradores que velen para que sus diocesanos estén bien instruidos sobre este artículo de fé tan importante.

« Venerables hermanos, dice, jamás ceséis de advertir y exhortar especialmente á los párrocos, á los predicadores y á todos los que estan encargados de enseñar al pueblo cristiano, que han de exponer y explicar á los fieles, con todo el cuidado posible, la necesidad, la grandeza, la eficacia, el fin y los frutos de este santo y admirable Sacrificio, y que procuren excitar á los feligreses á que asistan á él con la mayor frecuencia posible, con la fé, la religión y la piedad convenientes, á fin de llamar sobre ellos la misericordia divina y todos los beneficios que necesiten.

Esto es, hermanos míos muy amados, lo que he hecho con todo el celo de que soy capaz, en cuatro discursos consecutivos (1).

PROPOSICIÓN. — Pienso daros otras seis, en las cuales descenderé á detallar las oraciones de que se compone la Misa.

DIVISIÓN. — « La Misa, dice san Alfonso, se divide naturalmente en seis partes: La primera es la preparación para el Sacrificio, y pasa á los piés del altar: la segunda tiene lugar desde el *Intróito* hasta el *Credo*: la tercera es la que va desde el *Credo* hasta el *Cánon* ó *Sanctus*; la cuarta desde el *Cánon* ó *Sanctus* hasta el *Pater Noster*: la quinta desde esta oración *Libera nos, quæsumus, Domine...* hasta

(1) Nota del autor de las *Instructions d'un curé de campagne*, continuador de la obra del señor abate Lobry. Véase su volumen que trata de los sacramentos, *sacramento de la Eucaristía*. — *Santo Sacrificio de la Misa*: instr. 1ª, excelencia y necesidad del s. s. de la Misa; 2ª, dones para los cuales se ofrece el s. sacrificio; 3ª, á quien y para quien se ofrece, 4ª, asistencia frecuente á la santa Misa: cómo se debe asistir á ella.

la *Comunión* misma; y por último la sexta comprende el resto de la Misa ó sea la *Acción de gracias* (1).

La primera parte, que es la que trato hoy, hermanos míos muy amados, la subdivido en cinco puntos; la señal de la cruz, la antífona *Intróito*, el salmo *Judica me, Deus*, el *Confiteor* y las oraciones que le siguen. Hacedme el obsequio de escucharme con piedad, constancia y atención.

PUNTO PRIMERO. — « Para sacrificar una víctima á Dios, dice un santo obispo, es necesario tener derecho sobre la víctima, y como solo Dios tiene derecho sobre su Hijo, el Verbo encarnado, que es la Víctima del Sacrificio de la Misa, el sacerdote necesita la autoridad de Dios. Por eso, revestido de esta autoridad, pronuncia con Jesucristo mismo, que es el principal ofreciente: *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*, para demostrar que él ofrece el sacrificio, en virtud de la autoridad de todas las tres divinas Personas (2). »

Los fieles asistentes deben, siguiendo el ejemplo del sacerdote, hacer sobre ellos, nó de una manera ridícula, la señal de la cruz. Esta costumbre se remonta á la cuna del cristianismo. Los Padres aseguraron que los primeros fieles, al principio y al fin de sus acciones principales, se santiguaban siempre, expresando así breve, pero enérgicamente, su creencia en los misterios de la Santísima Trinidad ó de un Dios en tres Personas, de la Encarnación ó de un Dios crucificado para salvar al mundo. No podía pues la Iglesia hacer cosa mejor que colocar al principio del Sacrificio una señal que nos representa, en un abrir y cerrar de ojos, el sangriento drama de la Pasión. Era además para enseñarnos que nosotros no sacrificamos en nombre nuestro, porque sería sacrificar en nombre de la debilidad, de la miseria y del pecado, sino en nombre del Padre, soberano Señor de todas las cosas; del Hijo, á quien corresponde la omnipotencia en el cielo y en la tierra, y del Espíritu Santo, santificador supremo de nuestras almas.

Añadimos *Así sea*, que en hebreo se dice *Amen*; se dice al fin de todas las oraciones, para afirmar que se toma parte en ellas, que se las

(2) S. Alf. M. de Ligorio, t. XIII, pág. 62, edición Vivés.

(3) S. Alf. M. de Ligorio, t. XIII, pág. 62.

aprueba, y que se desea ser atendido por el Dios rico en misericordia; es como si sacerdote y fieles dijese: «Sí, Señor, aquí nos teneis agrupados al pié de vuestro altar; vos prometisteis estar en medio de nosotros; bajo vuestra mirada infinitamente pura vamos á celebrar el más augusto de todos los misterios: en él creemos lo más firmemente posible; ¡ah! vos os dignaréis hacernos sentir los efectos de vuestra munificencia; vos no rechazaréis nuestra humilde solicitud, puesto que no queremos orar sinó bajo vuestra autoridad y con vuestro beneplácito; vos prestaréis atento oído á nuestra confiada súplica, porque á vos, Padre, es á quien venimos á ofrecer, á vuestro Hijo es á quien venimos á ofrecer. Amen, es verdad, *Así sea.*»

PUNTO SEGUNDO.— Después de un principio tan conmovedor y tan majestuoso, ¿qué hace el sacrificador? Juntando las manos, las conserva atadas, por decirlo así, como las tendría, delante del tribunal, un culpable que tratase, nó de demostrar la falsedad de la acusación, sinó de merecer la clemencia del presidente. Juntar las manos, es en efecto el movimiento natural y elocuente de todo aquel que pide gracia, y como el sacerdote quiere implorar la misericordia divina para sí mismo y para sus fieles, en esta postura de acusado es como empieza la antífona *Introibo ad altare Dei*, entraré junto al altar de Dios.

La antífona, palabra griega (*Antiphona*) significa canto alternativo ó rezo mútuo; enuncia, en unas cuantas palabras, la idea que más debe impresionar á nuestro espíritu, y con bastante frecuencia indica lo que va á pasar. Es lo que aquí, hermanos míos, se verifica. Los versículos del salmo XLII son rezados alternativamente, después de habernos dicho la antífona que el sacerdote se prepara para ofrecer el santo Sacrificio. Detengámonos un instante en esta antífona.

Entraré, dice el celebrante, *hasta el altar de Dios*; penetraré en el Santo de los santos, cerca del mismo Todopoderoso, á quien estoy á punto de inmolar el Cordero digno de todas las adoraciones de los ángeles y de los santos; voy á llevar la sangre de Jesucristo hasta el cielo, y á traer del cielo todas las gracias que se pueden obtener con esta sangre de un valor infinito.

¡ Cuán sublime idea de lo que va á hacer el sacerdote! ¡ Oh! qué pas-

mo debe invadir todo su sér al aproximarse tan cerca de la majestad de todas las Majestades!

El ministro ó acólito, que representa al pueblo, termina la antífona principiada por el pueblo: *Entraré hasta el altar de Dios, que llena de alegría mi juventud*. Es como si los asistentes dijese: Ministro del Altísimo, verdaderamente ireis hasta á este altar donde Dios se inmola y reitera la oblación de su cuerpo y de su sangre, tal como una vez lo hizo en el Calvario; penetraréis junto á este altar, verdadero puente, echado por Jesucristo, Pontífice más elevado que los cielos, sobre el inmenso abismo que el pecado había formado entre la criatura y el Criador; y nosotros, sacerdote del Eterno, tomando parte en el sacrificio que vais á ofrecer, pasaremos también con vos este puente de la misericordia del Señor, é iremos á él para experimentar los efectos de su bondad; nos aproximaremos con vos á ese Dios que se hizo víctima y alimento, bajo las especies del pan y del vino, y que tanto regocijó nuestra juventud, el día de nuestra primera comunión.

Ved pues, hermanos míos muy amados, como la antífona *Introibo ad altare Dei*, recuerda al pueblo la grandeza del sacrificio y la excelencia de sus efectos. Esta antífona es además un grito de esperanza de alegría y de felicidad que incesantemente querríamos repetir; es una triple aclamación que tiende á fortalecer nuestra fé, avivar nuestro amor y aumentar nuestro recojimiento. No nos sorprendamos pues de que la Iglesia haga repetir tres veces esta admirable antífona, antes, durante y después del salmo *Judica me Deus*, sobre el cual vamos á meditar un momento en el tercer punto.

PUNTO TERCERO.— Lo que este salmo encierra conviene al pastor y al rebaño. El temor, el deseo y la esperanza son los sentimientos que dominan en este cántico sagrado.

Sentimiento de temor: *Juzgadme, Dios mio*. Estas palabras son, para el celebrante, como una centella. Señor, voy á comer y beber mi sentencia ó mi perdón, la misericordia ó la condenación, la vida ó la muerte: juzgadme, estoy delante de vos, descubierta la cabeza y atadas las manos, como el criminal que espera su castigo. Gran Dios que lo conoceis todo y penetráis el espíritu y el corazón de los hombres, ha-

ced el discernimiento de mi causa de la nación que no es santa. Por mi bautismo y por mi sacerdocio, soy hijo vuestro y de vuestra Iglesia; no me conteis entre los infieles. Para que yo merezca gozar de vuestra adorable presencia, *libradme del hombre injusto y engañador*, es decir del hombre viejo; y revestidme del hombre nuevo, creado en la justicia y en la santidad. Esto es fácil, Dios mio, *puesto que sois mi fuerza.. ¿Porqué pues me rechazais y me reduciriais á caminar en la tristeza, mientras el enemigo me aflige*, poniendo mis faltas ante mis ojos, para hacer que desconfie de vuestra misericordia?

Sentimientos de deseo. Mas al abatimiento succédele el valor. El sacerdote sabe que por sí solo nada es, y que no osaría subir al altar; por eso cuenta con el auxilio únicamente de lo alto, y lo implora en estos términos: *Enviadme vuestra luz y vuestra verdad; ellas me harán llegar á vuestra montaña santa, y á vuestros tabernáculos; y entraré hasta el altar de Dios, hasta al Dios que regocija mi juventud*, y da á mi alma, purificada en las lágrimas del arrepentimiento, despojada de la vejez del pecado, revestida de la juventud de la gracia, una alegría que sólo los corazones puros pueden poseer en este mundo, y que es la prenda de las delicias en que nadarán en la otra vida, por toda la eternidad.

Sentimientos de esperanza. Ante esta idea, el sacerdote se siente animado de una gran confianza, y exclama: *Confesaré en el arpa, ¡oh Dios mio! que sois mi Dios*. El Salmista tenía un arpa para glorificar al Altísimo; pero aquí ¿qué representa esta arpa de que habla el sacrificador, al pié del altar? ¿No sería el cuerpo de Jesucristo, cuyos acentos, parecidos á los de un instrumento melodioso, resuenan hasta al pié del trono del Señor, encantan su oído y le proporcionan un inefable alborozo? Y las cuerdas de este misterioso instrumento, ¿cuáles son? ¿Son acaso las fibras de nuestro corazón, unidas al sacrificio de la Misa; unión de la cual resulta el majestuoso sonido de la petición, el lúgubre sonido del arrepentimiento; y esto produce un concierto que se une á los coros de los ángeles, agrada al Eterno, aplaca su cólera, merece su clemencia y atrae su bondad.

Siendo esto así, el sacerdote lo propio que el fiel puede decir: *¡Oh alma mia! ¿porqué estás triste y porqué me turbas?* Ten valor y

no estés más inquieta, antes bien *espera en Dios, porque él quiere aún permitirme celebrar sus grandezas, él que es mi salvación y mi Dios*.

Dice después el celebrante: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*. Todos los salmos terminan con este versículo de esperanza; es como su jugo y su resumen, porque toda oración tiende á la gloria del Altísimo. Desde toda la eternidad y por toda la eternidad, esta gloria pertenece igualmente á las tres adorables Personas, como lo afirma esta respuesta: *Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amen*. Sí, verdaderamente es así y mucho más de lo que nuestra debilidad puede expresarlo.

Después de haber repetido por tercera vez la antifona, como para animarse á subir al altar, el sacerdote pronuncia, santiguándose, estas palabras, que respiran una confianza filial: *Nuestro auxilio está en el nombre del Señor*. -- *Que hizo el cielo y la tierra*, contesta para todos el ministro.

PUNTO CUARTO.— Mas al objeto de ganar con seguridad los favores del Dios tres veces santo, que da su gracia únicamente á los humildes, sacerdote y fieles van á hacer, uno después de otro, pública confesión de sus faltas, numerosas como los granos de arena del océano. Precisamente, el objeto principal de la Misa es obtener la remisión de las iniquidades; para esto es especialmente para lo que sigue manando místicamente sobre el altar la sangre del Redentor, y ya sabeis que Dios no concede el perdón sinó al verdadero arrepentimiento y al propósito firme; y, como pesa una responsabilidad mucho mayor sobre el ministro de Jesucristo, puesto que participa más abundantemente del sacrificio y ha de ofrecerlo primeramente por sus pecados, y luego por los del pueblo, el sacerdote es el primero en hacer una profunda inclinación ó reverencia, en acusarse de sus innumerables debilidades, en solicitar humildemente perdón: « Poseído de temor ante la idea de su indignidad y del gran acto que va á realizar, el sacerdote, dice san Alfonso María de Ligorio, se acusa de sus faltas y se reconoce culpable, no solamente delante de Dios, sinó también delante de la Bien

venturada Virgen María y de todos los santos que han de juzgar á los pecadores, en el día del juicio final(1).»

Cuando ha hecho la confesión de sus miserias, en presencia de la Majestad divina y de la comunión cristiana, ¿qué pasa? Los asistentes, á quienes ha conjurado á que rogasen por él, dicen por medación de su representante, esto es, del acólito: *Misereatur tui omnipotens Deus* oh sacerdote, *compadézcase de tí el Dios omnipotente, y, perdonados tus pecados, condúzcate á la vida eterna... Amen* ; Dios os atienda ! responde el sacrificador, y se endereza no sin cierta confianza.

Ahora es al pueblo á quien le toca decir el *mea culpa*. Inclina pues la cabeza y reza el *Confiteor*, se acusa delante del Señor y de su ministro. Da al sacerdote el nombre de padre, á fin de conmover sus entrañas y de que interceda por sus hijos. Inmediatamente el hombre de Dios pronuncia sobre los fieles, allí inclinados, estas palabras : *Misereatur vestri omnipotens Deus... Apíadese de vosotros el Dios omnipotente, y, perdonados vuestros pecados, os conduzca á la vida eterna.*

¡Amen! exclaman los asistentes; el Altísimo tome en consideración tu ruego ! y para mayor seguridad de éxito, tú, que eres el mediador entre Dios y nosotros, redobla tus súplicas en favor nuestro. Y el sacerdote añade : *El Dios omnipotente y misericordioso nos conceda la indulgencia, la absolución y la remisión de nuestros pecados.* — ¡Amen ! contesta de nuevo el monaguillo, en nombre de todos los allí reunidos : sí, pastor de nuestras almas, ¡ hágase en nosotros cual se lo pides á Dios !.

PUNTO QUINTO. — Sin embargo el sacerdote y el pueblo, de conformidad con este artículo del código divino : « es menester orar sin cansarse jamás », creen deber continuar sus humildes oraciones ; inclinados pues delante del Señor, le dicen en un fervoroso diálogo : *Si te dignas volverte hácia nosotros, nos devuelves la vida* ; ¡ oh ! no os separeis de nosotros ; no nos presentéis una faz irritada, porque no podríamos soportar su vista ; caeríamos en la desesperación, y esto para

(1) S. Lig., t. XIII, pág. 63.

nosotros sería la muerte ; antes al contrario, presentáos con rostro paternal, y *tu pueblo se sentirá transportado de alegría* y recobrará como una nueva vida. ¡ *Por favor ! Mostradnos, Señor, vuestra misericordia, y prestadnos vuestra saludable asistencia ; atended, Señor, mi oración, y mis suspiros, mis gemidos, mis clamores lleguen hasta vos !.*

Dice luego el celebrante : *Dominus vobiscum*. Es en cierto modo, un adiós dirigido á la reunión de los cristianos. Hijos míos, *el Señor quede con vosotros*. Yo voy á trepar á la cima del monte santo, y á elevar las manos al cielo, á fin de traer os de él las gracias. — Vé, replica el acólito, siempre en nombre de los fieles, *Dios sea con tu espíritu*, para que defiendas bien nuestra causa.

Aufer a nobis... Después de esto, el sacerdote, subiendo al altar y aproximándose al Santo de los santos, nos dice un doctor ilustre, ruega al Señor que le libere de todas sus iniquidades, para que pueda ofrecer el gran sacrificio con un corazón bien puro.

Oramus te, Domine... El sacerdote, una vez subido al altar, lo besa con la intención de unirse, por medio de este beso, á Jesucristo, á quien representa el altar, y le suplica, por los méritos de los santos mártires, cuyas reliquias están allí encerradas, que se digne perdonarle todas sus ofensas. La Iglesia santa, desde los primeros siglos, tuvo siempre la costumbre de celebrar el Sacrificio encarástico sobre las tumbas de los santos mártires que sacrificaron su vida á Dios, y que, por esta razón, la Iglesia honró siempre de un modo especial. Antiguamente, no había otras fiestas que las de los misterios de Jesucristo, de la Bienaventurada Virgen María y de los mártires (1). »

PERORACIÓN. — Tal vez, amados hermanos míos, estaréis quejosos de mí porque no os he citado hecho alguno. ¡ Pues bien ! voy á terminar esta primera instrucción sobre la santa Misa, con el hecho siguiente.

« Un ilustre ateniense, llamado Temístocles, condenado á destierro por su ingrata patria, se vió precisado á refugiarse en la morada de un rey contra quien había hecho la guerra. Esperaba una muerte segura. Enteróse sin embargo de las costumbres de la corte, y supo que,

(1) S. Ligor., t. XIII, pág. 64.

si alguno se presentaba al monarca, junto al altar doméstico, teniendo entre sus brazos á uno de los hijos de su majestad, alcanzaba todo lo que pedía. Halló pues medio de tener á su disposición al heredero de la corona, y, llevándole en sus brazos, se presentó al soberano, y le dijo: « Señor, al presentarme ante tu majestad, he luchado entre el temor y la esperanza. Temo, porque te he hecho la guerra: espero, porque tu clemencia atenderá más al amor que llevas á tu hijo, que al ódio que debes sentir por tu enemigo. »

« Esta súplica fué bien acogida. La vista de aquel niño tuvo tanto poder sobre el ánimo de su padre, que perdonó á Temístocles, le admitió á su amistad, le dió una habitación en su palacio y un cargo honroso en su reino.

« ; Qué consuelo pues para nosotros, pensar, durante la santa Misa, que la sangre de Jesucristo, está allí sobre aquel altar, que clama hácia su Padre, no venganza, sinó perdón y misericordia! ; Oh! ; cuán insensato es aquel que no se vale de esta sangre para purificarse de sus pecados, para saldar sus deudas y para reconciliarse con su Dios (1)! »

Hermanos míos muy amados, asistamos con frecuencia á la santa Misa; ofrezcamos piadosamente, con el sacerdote, Jesucristo á Dios, el Hijo al Padre, y tendremos un lugar en su palacio y un sitio en su reino. Así sea.

(1) Huguet, virtud milagrosa de la santa Misa.

INSTRUCCION VIGESIMOSEPTIMA.

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

INSTRUCCION SEGUNDA.

ENTRADA EN EL ALTAR.

TEXTO. — *Altaria tua, Domine virtutum, Rex meus et Deus meus...* Suspiro junto á tu altar, Señor de los ejércitos, Rey mio y mi Dios.

(SALMO LXXXIII, VERS. 4.)

EXORDIO. — La Iglesia, hermanos míos muy amados, es en este mundo el palacio del Monarca celestial, y el altar del coro, es el trono de su Majestad. Así como el gorrión busca á toda prisa un escondrijo, bajo un techo solitario, ó como vuela rápidamente la golondina hácia su nido, de igual manera el cristiano, verdaderamente digno de este nombre, toma con alegría la dirección del lugar santo, y se tiene por dichoso de poder arrodillarse sobre las losas del santuario, mientras la oblación de la Víctima sin mancha. Con mayor razón el piadoso ministro del Altísimo se regocija de acudir á inmolar al Cordero divino. ; Cómo suspiro yo, dice, *cerca de tu altar, Señor de los ejércitos, Rey mio y Dios mio! Rex meus et Deus meus.*

PROPOSICIÓN. — Mi idea, hermanos míos, es someter á vuestras más serias reflexiones, la última parte del augusto Sacrificio, que, según san Alfonso, se verifica desde el *Intróito* al *Credo*.

DIVISIÓN. — Divido esta instrucción en seis puntos á saber : Salmo de entrada, *Kiries*, *Gloria in excelsis*, *Colecta* precedida del *Domínus vobiscum*, la *Epístola* con sus oraciones subsiguientes y el *Evangelio*.